

PIEDRA CANARIA, de Tony Gallardo

Varias son las etapas por las que ha pasado la práctica escultórica del artista canario Tony Gallardo. Un primer momento *informalista* en el que los componentes estructurales se fueron haciendo cada vez más decisivos, hasta desembocar en una fase netamente *constructiva*. Esta tiene su plenitud en el ciclo que el escultor denomina de los *hierros coloreados* y clausura, en palabras del artista, un cómputo de dieciocho años de búsqueda. Los aspectos más significativos de este período son el desarrollo ortogonal del espacio, la introducción de la diagonal como fuerza que dinamiza la escultura y el desarrollo espiral de la misma en torno a un módulo básico cuadrangular o rectangular. Pese al afán *racionalista* y *geométrico* de esta etapa, Tony Gallardo advierte todavía en estas obras cierta servidumbre al mundo de la forma, al lenguaje plástico en tanto que discurso mistificador y cierto barroquismo insistente, a pesar de la intención austera inicial de la que partía; en definitiva, servidumbre a la melodía del desarrollo ortogonal.



Con las *piedras canarias*, de la que forma parte esta exposición (1), se abre a partir de 1977 un nuevo ciclo en su obra. La consideración del arte como *acción* discurre paralela al descubrimiento de la piedra y a su tratamiento como *dispositivo escultórico*. El artista se muestra ahora interesado por la significación histórica de las piedras que encuentra —redescubre— en los barrancos, en la playa y por los desplazamientos espacio-temporales que introduce al presentarlas en tanto que *piezas escultóricas*. De esta manera puede legítimamente afirmar que ya no trabaja la escultura en sentido tradicional, sino que lo que in-

tenta principalmente es evidenciar o mostrar el *proceso* al que va unido esa idea del arte, aunque trate aún la piedra mediante una serie de técnicas propiamente escultóricas como son el pulido, el uso del cincel. El tiempo, el espacio, la memoria sustituyen a los viejos conceptos de forma y estética. El artista se siente inmerso en un proceso que comienza y desemboca en la observación y en la *mínima intervención* sobre la piedra.

En este sentido, los *callaos*, piedras recogidas en la playa, son el principio de una búsqueda proselutiva en la que el objeto escultórico tiende paulatinamente a desaparecer al poner la piedra en relación con un proceso más amplio como pueda ser la cartografía de un territorio real o imaginario, el corte epistemológico con un cierto saber escultórico precedente o la apropiación preceptiva de una realidad histórica.

Ya no se trata de una forma en el espacio, sino de la *relación* con un espacio socialmente comprometido, en el que la piedra sirve indistinta e idealmente de objeto, pieza o medida. De esta manera, para concluir, se puede hablar a partir de estos *callaos canarios* de un aspecto simbólico individual y colectivo así como de la reivindicación por parte del artista de la percepción como forma de apropiación de lo real y de conocimiento de esa realidad.

EDUARDO ALAMINOS

- (1) *En la Galería Agora. Madrid, marzo, 1978.*